

## El libro antiguo y lo conjetural

Abordar el mundo del libro antiguo no es otra cosa que adentrarse en un universo muy particular signado, a cada paso, por la multiplicidad de las interpretaciones. Porque, si bien todos sabemos lo que representan estas dos palabras, no podríamos dar una respuesta última y certera sobre ellas. Además, los especialistas y cada uno de nosotros, bibliotecarios cuyas bibliotecas poseen fondos centenarios, aunque conocemos lo que es un libro antiguo, al especificarlo, lo haríamos en forma distinta. Esta intrincada situación, pues, es una de sus principales características. Nos referimos a la complejidad de acceder a una visión unilateral al aproximarnos a este tema, ya que, en esencia, la pluralidad de significados hace a la construcción ontológica y material del concepto "libro antiguo".

Nuestra intencionalidad no se centra, en esta oportunidad, en establecer una definición del libro antiguo: una propuesta necesaria pero, que excede el esfuerzo individual y demanda un trabajo grupal y multidisciplinario. Por el contrario, ante la pregunta ¿qué es un libro antiguo?, se intentará reflexionar sobre las dimensiones teóricas y conjeturales de ese tópico.

Dentro del marco de esta contribución, es oportuno mencionar dos aspectos fundamentales: la ingobernable y heterogénea bibliografía en lengua española y extranjera que trata sobre la materia y, por otro lado, la experiencia personal ante el fenómeno de estos elencos bibliográficos. En cuanto a la literatura existente, tanto académica como comercial, el presente texto es su deudor en muchas de las dimensiones del libro antiguo que se señalarán. Se torna imposible, en la actualidad, presentar una serie de conceptos novedosos en un campo que nació con los anticuarios, aún antes que la historiografía moderna. Con referencia a lo personal, el discurso se articula, íntimamente, con la experiencia del autor ante el legado de libros antiguos de la Academia Argentina de Letras. Hablo de una

presencia franca, sencilla, profesional, propia de la vida cotidiana y de la manipulación de esas obras que encubren y despliegan sus murmullos a quienes saben palparlas y se abisman en su lectura.

Así, pues, lo conjetural en torno a este punto es lo que nos interesa como base imprescindible para acercarnos, en un futuro no muy lejano, a una identificación más precisa de lo que representa el libro antiguo argentino. Pero, además, se apunta, en esta instancia, a las "nociones conjeturales" en la biblioteca y en la trama de nuestro oficio de bibliotecarios y su imbricación con estos objetos.

Para llevar a cabo esta tarea, es necesario establecer las características o las dimensiones que se manifiestan en este tipo de colecciones. Quizás, sería más apropiado, en términos bibliotecológicos puros, hablar de la *faceta personalidad* establecida por Ranganathan (1967). Esto es, profundizar las claves de clasificación que distinguen al objeto de estudio que denominamos "libro antiguo".

La primera dimensión que se impone en ese mundo polifacético y permeable es la *faceta lingüística o terminológica*, pues no constituye una tarea nada menor saber el nombre de las cosas y las palabras que presionan sobre ellas (Foucault, 1985). Al aproximarnos a la denominación signada por el nombre y las sustantivaciones, es decir, a aquello que otorga identidad propia, se observa que, para designar al libro antiguo, hay una gran variedad de vocablos o, al menos, una multiplicidad de significados que giran en una constelación discursiva irreducible. Un listado provisional de estos sintagmas de identidad puede ser el siguiente: fondos antiguos y raros, obras raras y valiosas, libros de reserva, Sala de Reservados o Tesoro, libros curiosos, obras antiguas y modernas, libros usados, libros de viejo, etc.

Aquí se plantea, sin duda, un debate con final incierto, ya que, al enumerar estos conceptos, emerge, con toda su fuerza, una pregunta ya citada: ¿qué es, entonces, un libro antiguo? ¿Cómo acontece su existencia inmersa en la dificultad

de asirlo terminológicamente? En esta trama, es importante desmalezar y discutir algunos de esos términos; no para buscar un común acuerdo, pues, como hemos comentado, cada individuo vinculado al libro posee su propia construcción, sino para intentar determinar sus características y sus fronteras móviles.

Podríamos plantearnos varias incógnitas: ¿un libro antiguo es raro?, ¿las obras valiosas son, necesariamente, antiguas?, ¿la rareza es una condición imprescindible para esos planteles?, ¿la Sala de Reservados o Tesoro es un ámbito exclusivo de estas obras?, ¿existe una relación entre los títulos curiosos y los fondos antiguos?, ¿los libros de viejo o usados se articulan, en algún momento, con la esfera del libro antiguo?, y otras muchas que exceden esta presentación.

El punto en cuestión se posiciona en determinar si un impreso es antiguo solo por su requisito de antigüedad; es decir, si el fundamento de larga duración es lo único que influye en la representación de dichas piezas en las bibliotecas. Y si no es así, ¿es posible que coadyuve un conglomerado de conceptos para la configuración de su significado? Por ejemplo, retomemos la pregunta siguiente: ¿un libro antiguo es raro? Una vieja edición siempre tiende a desaparecer del mercado y, en pocas décadas, puede llegar a ser inhallable en las librerías. Sin embargo, esta característica no es determinante, pues, si esa obra se encuentra en numerosas bibliotecas y, además, ha sido digitalizada, "la rareza impresa" puede no incidir ni agregar valor a la antigüedad. Por lo tanto, la expresión "obras raras" es un concepto laxo e indeterminado que se vincula al libro antiguo pero no lo define en su peculiaridad. En este contexto, un libro antiguo ¿participa de "lo raro" o no lo hace? La imposición de la rareza suele ser destacada, pero no determinante. Por supuesto, si un título participa de estas dos características, la puesta en escena de lo antiguo adquiere más valor agregado, tanto desde el punto de vista bibliotecario como del comercio librero.

Una situación similar sucede en las secciones especiales de muchas bibliotecas que adoptan para sus fondos antiguos el encabezamiento de "obras raras y valiosas", ya que, otro aspecto de la rareza no está vinculado con lo antiguo y sí con aquello que tiene valor. Una edición moderna de la Sociedad de Bibliófilos Argentinos, que edita cien ejemplares de circulación privada y con una impronta artística, es una obra rara y valiosa pero, inequívocamente, no antigua. En este caso, el aspecto "valioso" no hace a la condición de lo antiguo, aunque la mayoría de los libros antiguos son valiosos. Nuevamente, un vocablo, en este caso "valioso", califica al impreso antiguo, pero no es fundamental para su esencia singular.

Las "obras curiosas" también suelen convivir en la proximidad de los acervos antiguos. Tomemos un ejemplo al azar, pues el aspecto curioso es tan amplio en cuanto a las intervenciones intelectuales y corpóreas que puede sufrir una obra, que resulta imposible circunscribirlo. En la ciudad de Azul, en la casa y museo Bartolomé J. Ronco, que depende de la Biblioteca Popular de esa localidad, se encuentra un ejemplar de *Martín Fierro* editado en 1930 por la Asociación Amigos del Arte (Martín Fierro y Azul, 2010). Como saben muchos peritos y profesionales se trata de una "valiosa" tirada que, por añadidura, ya es "rara" y, a medida que pasan los años podemos degustarla por su creciente antigüedad. No obstante, este libro, raro, valioso y con algo de antiguo, se destaca por su curiosidad, pues Bartolomé J. Ronco empleó este bello ejemplar como libro de visitas (llamado también "de mano alzada") de ilustres personalidades que concurrían a su casa. De modo tal, que en él se encuentran decenas de firmas y dedicatorias manuscritas de grandes escritores y artistas: Rafael Alberti, Jorge Luis Borges, etc. Lo curioso de un ejemplar, entonces, en muchas oportunidades, no está en conjunción con lo antiguo. Pareciera, a veces, que la curiosidad de un ejemplar es una intervención a posteriori, algo así como una práctica especial de su propietario-lector. Sin embargo, lo llamativo de una edición, además, se establece en el momento de instrumentar un libro con características distintivas únicas, donde la gestación tipográfica y su diseño cobran una importancia determinante.

Es este caso, también, la antigüedad es ajena al universo de lo extraordinario o curioso.

Otro concepto emparentado con el libro antiguo es la expresión "libros usados o de viejo". Aunque se refiere al ámbito librero y no al bibliotecario, es un lugar donde recurren los responsables de adquirir los libros destinados a una biblioteca para el feliz hallazgo de una pieza añosa. Esto es, de un objeto bibliográfico con vocación material de integrar los fondos especiales. Los bibliotecarios conocen, a ciencia cierta, el filón de antigüedades impresas en esta cantera del libro antiguo: la caja de Pandora del ámbito de los libros usados, de ocasión, o de viejo. Aquí es necesario puntualizar que no nos hallamos, fundamentalmente, ante un acontecimiento de similitud terminológica, sino más bien, ante una extensión lingüística de lo que puede abarcar la multifacética idea de libro antiguo.

Este último tópico introduce al origen del coleccionismo de libros, representado por la figura del anticuario y la del bibliófilo. El afán de coleccionar libros viejos se remonta hasta la Antigüedad. Los soberanos Ptolomeos rastreaban, muchas veces, con metodologías espurias, grandes cantidades de viejos rollos de papiro en busca de la copia original con menos errores (Casson, 2003). Y el Renacimiento presentó a muchos eruditos las mejores ocasiones para hacerse de bibliotecas que, a la larga, sentaron las bases de Bibliofilia moderna. El tema no es menor, pues el "libro de viejo" lleva consigo la impronta de ser considerado un objeto de arte (nuevamente la materialidad, pero ahora, desde el punto de vista estético) (Herrera, 2005). No debemos olvidar, entonces, que cuando hablamos del libro antiguo, es necesario escuchar los susurros del coleccionismo y la ampliación impresa hacia la esfera de los objetos de arte.

Estas son solo algunas muestras tipológicas tomadas al azar. Ciertamente, restan otros aspectos filológicos sobre la *faceta lingüístico-terminológica* que incide en la configuración de lo que entendemos por libro antiguo. La pauta común a todas ellas está presente en el hecho de que no podemos hablar de fondos antiguos

como una entidad morando en su unicidad. La otredad, lo heterogéneo, lo heteróclito, lo multifacético, lo polivalente es lo que ayuda a implementar su discernimiento. En este sentido, al crear el ecosistema "libro antiguo", fomentamos la pertenencia de un conjunto de impresos que quedarían fuera de todo orden si no apeláramos a esa vivida y vibrante ambigüedad. La definición, o lo que se entiende por fondos antiguos, debe manifestar, para ser fiel a lo que ello denota, este juego de ambivalencias cruzadas que subyace en el epicentro de su acontecer.

¿Acaso las voces siguientes: "Sala de reservados", "Tesoro", "Colecciones especiales", o el encabezamiento empleado por la Library of Congress (Early Works to 1800) y por el "Programa nacional de bibliografía colonial" de la Biblioteca Nacional que establece la temática de "libros editados antes del 1800", no son, en definitiva, una manera de subsanar e incluir la ubicua realidad que se expresa en la dispersión lingüística de estos elencos de obras?

Sin embargo, el libro antiguo se afinsa en otras dimensiones más sutiles. Nos referimos a la *faceta temporal-espacial*. ¿Existe una filosofía o una metafísica de los fondos antiguos? ¿Cuándo un libro pasa a ser, precisamente, antiguo? En esta instancia, es posible plantear la dialéctica que se expresa entre "libros antiguos y modernos"; una dialéctica cuyos límites son difusos y cambiantes, porque, inequívocamente, un libro antiguo fue una vez un libro moderno. Entonces, se plantea el corolario siguiente: ¿cuándo perdió su condición de modernidad? Es más, ¿se convierte en un viejo impreso, porque al igual que los seres vivos, está condicionado por su temporalidad y su espacio? Estos presupuestos kantianos tienen una presencia innegable en la vida de la cultura tipográfica.

Es factible, pues, reflexionar sobre cuáles son los criterios temporales y espaciales con que los bibliotecarios intervienen en esas colecciones. ¿Por qué decimos la palabra "intervienen"? Porque al manipular, ya sea en los procesos técnicos como

en ulteriores operaciones, los bibliotecarios podemos modificar esa delicada napa temporal-espacial inherente a esos ejemplares y propia de ellos.

Su *tempus* debe ser respetado a ultranza, ya que no es lo mismo, como todos sabemos, un libro del siglo XVI que otro editado a fines del XVIII. La temporalidad del libro antiguo es una cápsula de tiempo que se nos ha arrojado desde el pasado. Es una incursión furtiva y temporal que golpea contra nuestra existencia. Cuando intentamos abrir este emplazamiento autosuficiente del tiempo y decodificarlo, se "despliega" la imposición tipográfica de lo pretérito. La imagen de "desplegar", en este marco específico, es de vital importancia para la reconfiguración ("el volver a armar") de estas obras singulares desde el presente.

La pátina que envuelve a esos títulos, distintivamente, en temporalidad, está pautada por otro elemento insoslayable: lo transitorio, porque el libro antiguo, al estar sometido al pasado, se incluye en una característica propia de la Historia embebida en transitoriedad (LaCapra, 2006). Además, el desarrollo conjunto de la Historiografía con este tipo de colecciones introduce una nueva dimensión: la *faceta documental*. De este modo, la acción de desplegar conlleva la apertura de las facultades indispensables para interpretar las formas, usos y prácticas que se depositaron, casi estratigráficamente, en los diversos sedimentos que dan identidad a esos fondos. El "despliegue" se transforma, aquí y ahora, en "materia documental" e involucra al libro antiguo en la discusión sobre qué es un documento (Buckland, 1997).

El pensar en los fondos antiguos como fuentes documentales no solo implica la trascendencia del pasado. Hay, también, un foco inmanente que fuga en prospectiva, pues, ¿es solo el pasado el hacedor de esta clase de obras? Ya habíamos observado la engañosa dialéctica que se manifiesta en la expresión "libros antiguos y modernos", cuando preguntábamos cuándo pierde la modernidad un libro y se reubica en la categoría de lo pretérito. En esta encrucijada, es necesario abrir un paréntesis intuitivo para reflexionar sobre la

incidencia del futuro en la construcción del libro antiguo, ya que "lo que vendrá" determinará si un artefacto de la cultura impresa es antiguo o no lo es. Así, el pasado y el futuro, eyectados o precipitados en la plataforma de nuestro presente son, en cierta medida, constructores del libro antiguo. Sin embargo, ignoramos la dinámica y, -¿por qué no?- el significado encubierto de estas interpolaciones del tiempo. No podríamos descartar la carga especial, casi de "otro tiempo" que, en términos de biología evolutiva, se denomina *heterocronía*, como propia y peculiar del libro antiguo. Estos impresos especiales, quizás, posean una paradoja distintiva: su "anacronismo actual". Hay algo de intimidante en esas palabras, pero quien haya abierto un incunable sabe descifrar el hechizo de esta expresión.

El espacio, por añadidura, rescata una nueva dimensión: la *faceta geográfica o toponímica* del libro antiguo. Este aspecto es excluyente y, en consecuencia, connotativo con el lugar de impresión. En el conjunto universal de los fondos de esta clase, depositados en las grandes bibliotecas nacionales e institucionales, indudablemente, existen facetas que son comunes a todos ellos. No obstante, la especificidad del lugar escapa a una normativa global. La obviedad de esta noción es clara y rotunda: ¿es igual el libro antiguo francés o el italiano al libro antiguo argentino? El libro europeo se encuentra adherido a un largo proceso de varios siglos que ha sido moldeado por el espacio geográfico. El lugar, en su límite espacial, califica y determina al libro antiguo. La faceta toponímica es la encargada de enumerar y dar los nombres que fundan a una obra en un sitio específico. Los bibliotecarios deben hallar los atributos particulares que hacen que el libro antiguo argentino sea lo que es y no otra cosa. Al intentar definir nuestros fondos nacionales antiguos, resulta escasa la datación de "ejemplares anteriores a 1800". En este marco, se abre una controversia, pues el juicio de antigüedad para un título editado en nuestra geografía requeriría de una fecha más laxa. Un impreso tirado en 1910 es, para nosotros, casi en forma taxativa, un ejemplar viejo. Esta situación se enlaza, también, con el desarrollo de la imprenta en un país federal. En una pequeña ciudad del interior donde la tipografía apareció a mediados del siglo XX, la producción local del primer lustro puede muy bien resultar antigua.



En el comienzo de este ensayo, se mencionó que dichos planteles se expresan con el ímpetu estético de los objetos de arte. Es por ello que, dejando al margen la estética en sí misma, es necesario recordar y tener presente que estas obras están cercadas por la valoración monetaria, es decir, por la *faceta económica*. El costo de un ejemplar añoso es aún más acuciante que el del libro moderno. Aquí hace irrupción, de nuevo, el librero anticuario y las grandes casas de subastas internacionales, como las de Nueva York o Londres, que toman a estos objetos desde la mirada del mercado y no, precisamente, con la anuencia bibliotecaria (Vaucaire, 1979). No debemos caer en la ingenuidad de olvidar esta dimensión que codifica al libro antiguo desde los extramuros de la biblioteca. Es una faceta que se presenta, con toda su crudeza económica, en el momento de adquirir una obra antigua específica, esto es, aquel libro que, por desgracia, no ingresó al Tesoro o la Sala de Reservados gracias a un legado o donación.

La constante puesta en valor de este tipo de materiales bibliográficos es una tarea que no puede ser dejada, exclusivamente, en manos de los anticuarios, quienes definen estas obras según la oferta y la demanda que ellos mismos establecen en el mercado librero. Los bibliotecarios, los verdaderos profesionales del libro y de la lectura, deberían estudiar con mayor detenimiento la compleja ecuación que implica el libro antiguo como mercancía.

La dimensión económica involucra otras prácticas que se ejercen sobre estas colecciones, nos referimos a las *facetas políticas*. ¿La riqueza y el incremento de los fondos antiguos en una biblioteca son fortuitos? ¿Están librados al azar o constituyen actos cargados de intencionalidad? Los grandes acervos bibliográficos nacionales, tales como los del British Museum, la Library of Congress y la Bibliothèque Nationale de Francia se consolidaron a través de una serie de actos propios de la esfera política; estas decisiones se sustentan en una gran avidez por conseguir la mayor cantidad de obras antiguas, tanto por compra como por donación; e incluso, en algunas ocasiones, trasuntan avatares poco cristalinos en

el momento de adquirir un ejemplar, como en el caso de los botines bibliográficos provenientes de una guerra o una incursión colonial (Báez, 2005). Poseer libros antiguos para que una biblioteca se destaque por la calidad y la magnitud de esos acervos es una forma oculta de ejercer el poder. Las formas que dan turgencia al poder son ilimitadas. Desde la biblioteca de Asurbanipal en Nínive hasta las mega bibliotecas nacionales de la actualidad, el afán de dominio universal de la cultura escrita e impresa y, en consecuencia, de los libros antiguos, es una presión que se construye por medio de los poderes (Petrucci, 1999; Bourdieu, 2000).

¿Y cómo se relaciona el libro antiguo con los ciudadanos? La respuesta es consustancial con la *faceta social*. Todo libro existe porque tiene la posibilidad latente de ser leído, al menos, en una oportunidad. Esa probabilidad es su razón de ser, en tanto que se nos representa como una máquina de leer (Escarpit, 1965). En los fondos antiguos se manifiesta una endeblez que, a veces, conspira ante este anhelo material de ser leído y poseído: el problema del acceso público a estas colecciones especiales. Su lectura siempre es condicionada y su consulta se encuentra restringida a investigadores y eruditos. Su llegada al público suele ser a través de exposiciones conmemorativas. La pregunta que deberíamos hacernos desde nuestra profesión puede ser la que se menciona a continuación: ¿cómo se puede construir ciudadanía a través de los libros antiguos? Las respuestas de los bibliotecarios ante ese dilema constituyen un verdadero desafío. Se necesitará de una gran osadía y de una significativa dosis de imaginación para superar esta realidad, porque la faceta social de estos planteles en su relación con los ciudadanos tiende a ser restrictiva. Es por ello que el libro antiguo debe trascender como un bien cultural y estar protegido por las mismas leyes que regulan a los patrimonios históricos de una nación.

Para continuar con el tema, es insoslayable mencionar la *faceta estrictamente profesional y técnica*. Esta dimensión y sus prácticas son bien conocidas por los bibliotecarios y sería redundante detenerse en ellas en el contexto de este encuentro. A modo de ejemplo ilustrativo, citaremos las actividades profesionales

siguientes: la catalogación y clasificación (procesos técnicos especiales), la capacitación del personal, la preservación y conservación, la digitalización, entre otras muchas.

Una mención colateral merece, sin duda, el problema topográfico. El lugar físico donde se decide depositar las colecciones especiales suele tener ribetes dramáticos, ya sea porque no se previó una sala adecuada, o porque ingresaron en la biblioteca como un legado que establece, en una de sus cláusulas, la prohibición de separar las obras antiguas de las modernas. Este tópico abre la instancia, tan problemática para la mayoría de las bibliotecas, del donante que condiciona el destino topográfico de las obras. De tal forma que el legatario intenta extender su norma de configuración física sobre los intereses gregarios de los lectores. En este punto, aún las relaciones diplomáticas mejor concebidas pueden fracasar y traer, como consecuencia, la pérdida de un plantel bibliográfico de características excepcionales. Los bibliotecarios tampoco debemos olvidar este duro aforismo: el lugar físico de los libros antiguos es una fuente de querellas y de sorpresas.

Finalmente, luego de estas aproximaciones conjeturales en torno a los elencos reservados, resulta ineludible la mención a la disciplina que los toma como objeto de estudio e investigación: la *faceta de la Historia del Libro, de las Bibliotecas y de la Lectura*. Tal como se ha señalado en el desarrollo de este ensayo, la dimensión documental y el anclaje histórico de estas colecciones constituyen los aspectos que facilitan su análisis y tratamiento desde un punto de vista inserto en la Historiografía moderna. Los fondos antiguos son representaciones corpóreas que poseen huellas del estado de la Historia del Libro y de la Lectura en un período específico. Mediante el empleo de un método cualitativo o "indiciario" (Ginzburg, 2004 y 2010) es posible reconstruir la historia de la imprenta y la vida cotidiana de los talleres de impresión que los editaron. El libro antiguo es una realidad tipográfica abierta al mundo que ya fue, pero que, no obstante, está aquí presente entre nosotros para ser leído a contrapelo. ¿Cómo nos aproximáramos a esa

cotidianidad palpitante que impregna los fondos antiguos desde la Historia de la Cultura Material? (Pounds, 1999). La relectura de estas textualidades, con volumen y peso propio, establece un discurso que debe ser descifrado por los investigadores. En los viejos elencos bibliográficos están implícitos los modos de leer, las maneras de escribir, las imágenes que representan la lectura, los propietarios que tuvieron los libros en sus manos y que dejaron grabados en ellos sus *exlibris* y sus formas de encuadernarlos, las firmas de posesión particular y las dedicatorias e, incluso, gracias a las notas de *marginalia*, las formas de apropiarse de los textos (Stoddard, 1985 y Jackson, 2001).

Pero en ellos residen elementos aún más complejos que esperan ser desentrañados y esclarecidos, pues guardan para quienes quieran develarlo nada menos que *la historia de las sensibilidades y las emociones de los lectores*. Además, estas obras nos hablan sobre el conocimiento humano y el modo de clasificarlo en categorías desde el inicio de la imprenta (Burke, 2002 y 2007). Esto significa, inequívocamente, que en esas salas reservadas se esboza una cultura impresa de la evolución de la filosofía del conocimiento y de los modos cognitivos de acceder al saber de cada época.

Los fondos antiguos, también, presentan innumerables situaciones que escapan a toda tipología. Una taxonomía es un diseño de lo inesperado. En este caso, podríamos citar una propiedad errática y escurridiza, señalada por el azar y la eventualidad fortuita: la *faceta de la dispersión paradójica*. Los viejos ejemplares, como muchas publicaciones periódicas, tomando con cierta libertad la Ley de Bradford (1985), tienden a la dispersión espacio-temporal. Los libros antiguos se esparcen, en un principio, en los estantes de los coleccionistas particulares y luego, o al mismo tiempo, se depositan en los anaqueles de los anticuarios. Este circuito puede tener varias idas y vueltas cíclicas entre comerciantes y propietarios. Sin embargo, en muchos casos, se presenta una tercera vertiente: esas obras terminan su largo derrotero en las grandes bibliotecas nacionales o institucionales. Se establece, pues, un vínculo paradójico que desarticula los fondos

antiguos en su diseminación y, a posteriori, tiende a reunirlos en un nuevo entramado.

Esa dinámica de lo impensado debe ser tomada en cuenta por las gestiones de los que dirigen y administran las bibliotecas depositarias de estos legados, pues los libros antiguos, según esta paradoja aleatoria, luego de una amplia dispersión pueden tender o aspirar a un agrupamiento. Del mismo modo que una gran cantidad de obras de arte se deposita en los museos, los elencos bibliográficos del pasado encuentran su lugar último en determinadas bibliotecas. Este planteo no es ocioso, ya que debería llevarnos a meditar acerca de las íntimas imbricaciones y reciprocidades que existen entre las prácticas museológicas y las bibliotecológicas. Si las colecciones especiales participan del atributo que las relaciona con los objetos de arte, ¿por qué no pueden ser tratadas en las bibliotecas como piezas destinadas a la creatividad de la exhibición de un museo moderno?

El tema anterior es, sin equívocos, trascendente. Los novedosos procedimientos que instrumentan los museólogos en la actualidad, bien podrían ser aprovechados por los bibliotecarios para disminuir la brecha social que existe entre los lectores comunes y los fondos antiguos. Esas técnicas permitirían aproximar a los ciudadanos de a pie, en forma interactiva e insospechada y con todos los recaudos de preservación necesarios, a las maravillas de dichos acervos, para que estos no sean solo patrimonio de una élite formada por investigadores y eruditos.

Así pues, hemos señalado diez dimensiones o facetas en el plano conjetural, tales como la lingüística o terminológica, la temporal-espacial, la documental, la geográfica o toponímica, la económica, la política y su relación con el poder, la social, la profesional y técnica, la vinculada con Historia del Libro, las Bibliotecas y la Lectura, y la que se expresa en la dispersión paradójica. Todas ellas son las "hacedoras" de ese concepto, amplio y desmesurado, que llamamos *fondos*

*antiguos*. Por supuesto, existen muchas más y, sin duda, dicha decena de dimensiones son preliminares y están abiertas a una generosa refutación.

El libro antiguo es un enigma. Nuestra primera referencia a Ranganathan era una metáfora sobre la dificultad de su resolución. La intencionalidad de estas páginas se ha centrado en manifestar que el primer paso para resolver una dificultad es, justamente, ser conscientes de su complejidad. Al decir y nombrar a un conjunto de obras bajo el tema de "libros antiguos", nos abismamos en un universo plural, no unívoco. Por eso, antes de establecer su definición, tal como hemos observado, es imperioso rastrear las características *polisemánticas y retóricas* de su "personalidad", en tanto texto material que traza su profunda huella indeleble en las bibliotecas.

No en vano, frente a estas perspectivas redefinidas, no en el espacio del relativismo sino desde la esfera de "lo ambiguo", como prerrequisito creador de un nuevo conocimiento, se ha optado por un discurso sostenido por conjeturas. Creemos, en esta área de lo dubitable, que aún es poco lo que sabemos sobre la organización y comportamiento vital de esta clase de elencos bibliográficos.

Su presencia física, lingüística, cognitiva y sensible, genera en nosotros, los bibliotecarios, un conjunto de respuestas que, como se ha consignado, excede el campo profesional y técnico. La extraordinaria vivacidad de estas colecciones contrasta, no sin cierta ironía, con el vocablo "antiguo" que, más bien, rememora un lugar donde la vida ya ha pasado y solo permanece el objeto que la personificó. Quienes hayan tenido la felicidad -una dicha que convive con el desborde del entusiasmo- de tener estas obras en sus manos saben que su lozanía y, nos arriesgamos a decir "modernidad", es infinitamente mayor que muchos títulos editados hace una década. Se debe insistir en un punto clave: para comprender esta "vida tipográfica" encubierta en esos fondos es necesario reflexionar sobre las facetas mencionadas u otras que, hipotéticamente, se presenten en el futuro. No hay más remedio, entonces, que ir más allá de la expresión genérica "libro

antiguo". Y tratar, como sostenía Benjamin en un hermoso ensayo sobre la bibliomanía (1986), de no solo entablar una relación profunda con las cosas, sino intentar, de alguna forma, de habitar en ellas.

Tal vez, podríamos cerrar esta exposición con dos referencias inesperadas para los acervos especiales, pero, no por ello menos pertinentes, luego de esbozar su complicado cosmos multidimensional. Aludimos, en este caso, a una cita de Adorno y a otra de Heráclito.

El primero plantea que "aceptar la no verdad, conduce al umbral de la verdad" (Adorno, 1975: 145). Esta expresión se refiere a que resignificar al libro antiguo, como consecuencia de una nueva articulación conjetural, por aquello que no es y dejar a un lado lo que creemos que ha sido hasta la fecha, constituye el primer paso para arribar a una verdad, siempre provisional, sobre él.

La mención a Heráclito, por otra parte, se ajusta, aún más, a la incertidumbre de esta temática, cuando dice el aforismo siguiente: "la naturaleza aprecia el ocultarse" (Parménides-Heráclito, 2007: 61). Y esto es lo que vemos y nos acontece con los secretos y los misterios de los libros antiguos: ellos aprecian ocultarse a los hombres y nosotros, bibliotecarios, debemos buscar los caminos para revelarlos a los otros.

Alejandro E. Parada  
Biblioteca de la Academia Argentina de Letras  
Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas (FFyL-UBA)

## Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor W. 1975. *Mínima Moralia*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Báez, Fernando. 2005. *Historia universal de la destrucción de los libros: de las tablillas sumerias a la guerra de Irak*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Benjamin, Walter. 1986. Desembalo mi biblioteca (Discurso sobre la bibliomanía). En: *Punto de vista*. Año 9, no. 26, pp. 23-27.
- Bourdieu, Pierre. 2000. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bradford, S. C. 1985. Sources of information on specific subjects. En: *Journal of Information Science*. Vol. 10, no. 4, pp.173–180.
- Buckland, Michael K. 1997. What is a “document”? En: *Journal of the American Society for Information Science and Technology*. Vol. 48, no. 9, pp. 804-809.
- Burke, Peter. 2002. *Historia social del conocimiento: de Gutenberg a Diderot*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós.
- Burke, Peter. 2007. *Historia y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Casson, Lionel. 2003. *Las bibliotecas del mundo antiguo*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Escarpit, Robert. 1965. *La revolución del libro*. Madrid: Alianza.
- Foucault, Michel. 1985. *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Ginzburg, Carlo. 2004. *Tentativas*. Rosario, Ar.: Prohistoria Ediciones.
- Ginzburg, Carlo. 2010. *El hilo y las huellas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Herrera, José Luis. 2005. El libro antiguo como objeto de arte y la digitalización. En: *Razón y Palabra*. No. 45.  
<<http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n45/jherrera.html>> [Consulta: 12 febrero 2011].
- Jackson, H. J. 2001. *Marginalia: readers writing in books*. New Haven: Yale University Press.
- LaCapra, Dominick. 2006. *Historia en tránsito: experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.



*Martín Fierro y Azul: el bicentenario en las pampas. El legado bibliográfico de Bartolomé J. Ronco (1881-1952). Catálogo de la exposición.* 2010. Exposición enmarcada en la Programación Oficial de los actos conmemorativos de la Agenda Federal del Bicentenario de la Revolución de Mayo. Curaduría: Alejandro E. Parada. Redacción y revisión del "Catálogo": Alejandro E. Parada y Enrique C. Rodríguez. Curaduría Museográfica: Coordinación General: Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires: Alicia de las Nieves Sarno, et al. Azul: Biblioteca Popular de Azul y Asociación Española de Socorros Mutuos de Azul. 72 p.

Parménides: *Poema*. Heráclito: *Fragmentos*. 2007. Barcelona: Folio.

Petrucci, A. 1999. *Alfabetismo, escritura, sociedad*. Barcelona: Gedisa.

Pounds, Norman J. G. 1999. *La vida cotidiana: historia de la cultura material*. Barcelona: Crítica.

Ranganathan, S. R. 1967. *Prolegomena to library classification*. New York: Asia Publishing House.

Stoddard, Roger E. 1985. *Marks in books: illustrated and explained*. Cambridge, Mass.: Houghton Library, Harvard University.

Vaucaire, Michel. 1979. *Le livre: valeur de placement. Suivi de L'autographe: valeur de placement* / Patrice Hennessy. 3 ed. Paris: Guy Le Prat.